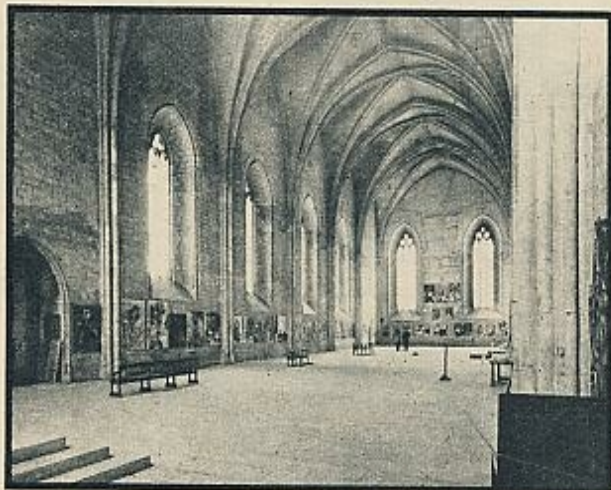


PICASSO en el PALACIO DE LOS PAPAS (en Aviñon)



Un aspecto del salón del Palacio de los Papas, durante la exposición Picasso.



«Mujer»

Por **JOSE M.º MORENO GALVAN**

«Esta casa, hombre es el que la habita: huele la casa a hombre». ¿De dónde, de qué rincón de mi memoria, de mi mala memoria, habrá salido esa cita literaria, que ahora no puedo documentar y que, el otro día, cuando entré en el gran salón del Palacio de los Papas, de Aviñón, donde estaba la exposición Picasso instalada, se me vino con insistencia obsesiva a la cabeza? Otra vez: «Esta casa, hombre es el que la habita: huele la casa a hombre». Sí; es, sin duda, de un clásico castellano, para más señas, de comienzos del siglo XVI o finales del XV; pero, ¿quién será?, ¿cómo reencontrarla para documentarla? Dejémosla así. Recuerdo que fue el

día 1 de mayo, por la mañana, cuando entramos en ese enorme salón gótico del palacio aviñonés. Era la hora de los discursos. Yo iba con Guinovart y su mujer, con mi mujer y con mi hijo. Los discursos sonaban como una música de fondo ininteligible. Pero los cuadros..., los cuadros estaban allí, amontonados literalmente sobre las gigantescas paredes pétreas, sin marcos, con la huella de la mano del hombre en todo, en cantidad y en calidad abrumadora —¿cuántos?—, y, sobre todo, con una evidencia que se dejaba traslucir en casi todos ellos, el homenaje a la mujer. Eran cuadros de varón: de eso no había duda; era un esfuerzo de varón. Los con-

té: eran ciento sesenta y cinco óleos, grandes casi todos, pintados en menos de un año. Más los dibujos... De pronto, qué le vamos a hacer, llegó esa frase literaria a mi mente, que ahora me es imposible identificar: «Esta casa, hombre es el que la habita: huele la casa a hombre».

Miré hacia el público que escuchaba atentamente los discursos. ¿Atentamente? Por allí vi la figura inconfundible del viejo y fiel Kahnweiler, con Louise Leiris; por allí estaba Muga, el de «La Polígrafa», y los Gaspar, y Clavé, y otros amigos de Barcelona. Estos catalanes siempre son fieles: se merecen a Picasso. Por allí



«El beso»

estaba Berrocal, nuestro escultor... De pronto, descubrí un pelo levantado y crespo, al que ya conocía: era Wilfredo Lam, el gran pintor cubano. Fui a saludarle. «Chico, estoy abrumado —me dijo—, ¿te das cuenta de que todo está pintado en menos de un año?; ¿te das cuenta de que Picasso tiene cerca de ochenta y nueve años? ¡Qué poderío!». Sí —pensé mientras contemplaba el cuerpo glorificado de una mujer desnuda—, ochenta y nueve años de juventud ininterrumpida.

En ese momento se acabaron los discursos. Ah, me olvidaba: la exposición estaba dedicada «en homenaje» a Yvonne

Zervos, la compañera de Cristian —el de «Cahiers d'Art»—, la cual concibió esta exposición, que no pudo ver realizada porque ha muerto recientemente, como concibió y realizó tantas otras grandes muestras de grandes artistas desde el año mil novecientos veintinueve.

* * *

¡Picasso en el Palacio de los Papas! Uno no puede dejar de sonreír por lo que esto significará como blasfemia para quienes conciben el pasado como una muerta e intocable arqueología. Allí se desarrolló una cultura gótica de primera categoría.

Allí, por ejemplo, trabajó el sienés Simone Martini y aportó su sabiduría bizantinizante para extraer las delicadezas del gótico francés... Pero uno sabe que la historia es lo que permanece porque continúa. Picasso es la historia de hoy. Por eso tiene todos los derechos a codearse con la historia de ayer en el Palacio de los Papas, de Aviñón.

Picasso es la historia de hoy, escribo como al azar, y me pregunto si hay otro título más alto que ése para concederle esa magistratura máxima del arte del mundo que todos le tenemos acordado. No: no hay mejor título que ése. Picasso es la historia de hoy, porque es el tes-



«El hombre de la pipa»

timonio máximo de lo que somos hoy; sobre todo, de lo que aspiramos a ser hoy. ¿Qué es a lo que máximamente aspiramos hoy y, por tanto, cuál es el máximo testimonio de Picasso? Ya lo dije, ante los universitarios de Barcelona, en el homenaje que se le tributó cuando cumplió sus ochenta y cinco años: la libertad. Picasso es el hombre más libre de todo el arte del siglo XX..., acaso es el hombre más libre de nuestro siglo. La afirmación no cabe deducirla sólo de su vida. Por sus obras lo conoceremos.

Por ser libre, se ha liberado incluso de sus propias preceptivas. Ese no descansar nunca en el terreno fácil de lo con-

quistado, esa negativa a seguir el camino que para sí mismo ya parecía trazado, ha podido parecerle a muchos la destrucción. No: era la libertad. Pero la libertad con riesgo: véase toda su obra. La libertad, que no es aquello que a uno le conceden, sino aquello que uno arranca; la libertad, que no es aquello en lo que uno está, sino aquello que uno es; la libertad no como un derecho, sino como un deber; la libertad como conciencia de una necesidad... Eso se puede ver ahí, en la exposición de Aviñón, en su última obra. Ahí están negadas, pero asumidas, todas las épocas anteriores de Picasso. Si: las épocas anteriores están superadas, pero por-

que están realizadas. Y esto se advierte nitidamente en esta obra, donde aflora un sello impalpable de todo lo que Picasso fue en todo lo que Picasso es. ¿Cómo le llamaríamos a esta nueva época de Picasso? Llámeme cada cual como quiera. Yo la llamaré «la época de la libertad». Parece mentira, ¡a los ochenta y nueve años!

A los ochenta y nueve años. Cuando celebremos los cien años de vida de Pablo Picasso, uno de los hombres más importantes del siglo XX (yo, personalmente, creo que el más importante, pero no estoy dispuesto a discutir eso), cuando celebremos sus cien años de juventud glo-



«Amantes»

PICASSO

riosa e ininterrumpida, seguramente habrá que hacer una exposición gigantesca, aún más gigantesca que la de Aviñón, que no presenta más que la obra de un año... Entonces, en esos once años que nos faltan, muchas cosas habrán cambiado y será otra la faceta de la juventud de Picasso. Pero estoy seguro de que no cambiará eso que en él es inmutable: el halo de varón que inunda a todo lo suyo. Seguramente, la exposición se hará en un enorme local como éste y, como en este caso, los cuadros estarán prácticamente amontonados, y algunos, como yo he llegado a ver aquí, en el suelo y pegados a la pared...

Ahora me acuerdo de ese prodigioso cuadro de Goya, el retrato de Muguero, que está en el Museo del Prado. De la mano de Goya, hay al pie una inscripción que dice, más o menos: «Retrato de Muguero, pintado por su amigo Goya, a los ochenta y un años...». Hay, yo diría, como un orgullo en seguir pintando como pintaba Goya en esa edad. Hay un síntoma de salud —de salud de todo tipo— que se traduce en generosidad.

Esa generosidad es la que se advierte de inmediato en esta exposición. La abundancia es generosa. Pero lo más emocionante es, y no tengo más remedio que repetirme, la huella del varón, del joven

varón de ochenta y nueve años de edad.

La parte generosa de esta exposición es un permanente homenaje a la mujer: al amor en toda su más descarnada plenitud. Y ni siquiera puede evitar que se le deje traslucir algo así como una argumentación central para todo su mensaje erótico, que, más o menos, podría traducirse así: Lo que importa es el amor, lo que importa es la mujer, un cuerpo de mujer desnudo y glorioso; al lado de eso, todo lo demás, incluso el arte, es una tontería.

Sí: «Esta casa, hombre es el que la habita: huele la casa a hombre». ■ José María Moreno Galván.